

El buscador de hongos

- *Conocedor desde niño de la sierra y sus misterios, Esteban aprecia lo que el camino le ofrece, porque sabe que el hongo acudirá a la cita al final del camino.*



A principios de febrero tendré el gusto de presentar en Guerrero *El buscador de hongos*, segundo libro de Esteban Hernández Ortiz. Con estilo ágil y cálido, el autor nacido en El Paraíso, municipio de Atoyac, toma su pueblo natal como punto de partida para iniciar una excursión que en físico, llega hasta la carretera a Puerto del Gallo (la población más alta de Guerrero) y que literariamente se extiende mucho más allá en el tiempo y en el espacio.

“No es fácil encontrar hongos en la sierra de Atoyac”, nos dice Esteban respecto al título. Quienes hemos tenido el privilegio de acompañarlo en algunas de sus excursiones por la sierra, sabemos que el rastreador de hongos está consciente de que sus pesquisas acarrearán por fuerza otros hallazgos, pues el buen buscador se lanza al campo con los sentidos abiertos a lo que la naturaleza quiera regalarle: una bellota que germina, un nido de candelaria, un águila que en calma se desplaza en las alturas. Conocedor desde niño de la sierra y sus misterios, Esteban aprecia lo que el camino le ofrece, porque sabe que el hongo acudirá a la cita al final del camino. No hay por qué desesperarse: “el objetivo es liberarse y tomar respiros para reflexionar y meditar”.

Resulta claro que con esa misma estrategia, Esteban se enfoca al escribir sus libros: más que la conclusión, es el trayecto lo que importa en sus textos salpicados de sorpresas, dolores, nostalgias. Y así como los hongos no pertenecen al reino animal ni al vegetal, los escritos de Esteban eluden los géneros literarios: provistos de la calidez del testimonio, la lucidez del ensayo y la agilidad del cuento, son textos llenos de sabor local que resultan auténticos por valiosos y valiosos por auténticos. Este escenario, lleno de personajes memorables, como don Tomás o don Renato, “un señor muy dicharachero”, corre paralelo a los saberes y los proverbios que circulan por la región y nos revela un universo que antes desconocíamos.

“Uno es los libros que ha leído, la pintura que ha visto, la música escuchada y olvidada, las calles recorridas. Uno es su niñez, su familia, unos cuantos amigos, algunos amores, bastantes fastidios. Uno es una suma mermada por infinitas restas”, nos dice Sergio Pitol en uno de sus textos más conocidos. Se trata de un párrafo que describe con precisión la poética de este libro. Como Pitol, como Federico Campbell, como E. M. Forster, Esteban Hernández procede por asociación, conectando ideas: evoca sitios, películas, libros y canciones. Junto a las grandes sacudidas de la historia universal revive fechas clave para su comunidad.

Nos explica lo que observa, saborea y escucha y desde su particular mirada revela su pasado y su mundo: cómo le quitaron una culebra de la espalda con las artes y las dolorosas agujas calientes de una señora de San Vicente de Benítez, cómo recuperó sus estudios y enmendó su camino, cuando aún era muy joven o las artes de la albañilería que él también ha practicado. De esta manera somos testigos de un retrato certero y luminoso que construye la memoria de Atoyac y sus alrededores, un paisaje tan rico como secreto. Estos son tan sólo unos cuantos de los muchos asombros que el lector encontrará en las páginas del libro de Esteban, recién publicado por la Universidad Autónoma de Guerrero.

El buscador de hongos continúa, en distinta clave, la tarea que Esteban se impuso en su primer libro. En ese volumen, que le costó más de una década escribir, consigna la historia de El Paraíso, comunidad del municipio de Atoyac. En aquel primer material abundan los datos duros, las cifras, las precisiones históricas. Este nuevo trabajo añade, además, el plano subjetivo: los rumores, los sueños, los miedos. Así, escuchamos una voz que nos habla de la sierra desde adentro y nos guía con una contundencia casi física por los laberintos de un territorio fascinante, adolorido, pródigo y violento.